

Guayaquil

Lupe Rumazo*

Parto en primer término de una afirmación que en mi condición de ensayista y crítica literaria califico de decisiva. La Biografía forma parte de la literatura. Sin embargo pretendió eliminarla, y en efecto lo hizo Enrique Anderson Imbert en su "Historia de la Literatura Hispanoamericana" al excluirla, la convirtió en lo desterrado, en lo exógeno.

La Entrevista de Guayaquil, entre el Libertador Simón Bolívar y el General San Martín ha sido tratada justamente dentro de la orbitalidad de la biografía, entre otros, por Augusto Mijares, Liévano Aguirre, Gérard Mansur, pero especialmente por Alfonso Rumazo González en tres de sus mayores biografías, una de ellas "El General San Martín, su Vida y su Acción Continental en Relación con la Historia de Bolívar", Premio Internacional de la Academia Venezolana de la Historia; "Simón Bolívar" y "Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho".

Orbitalidad del género que exige conocimientos múltiples de his-

toria, antropología, sociología, de lo literario en sí. Así, desde unos y otros actores - actantes se nombraría en términos estructurales - y en atrapamiento de un espacio y tiempo exactos, relata, analiza y asume la integridad de la "Entrevista" que a su criterio fue definitiva del destino de América. La biografía, o sea, los hombres, en la totalidad de su ser, en expresión de su mayor potencia, inmersos en un contexto vibrante, asumiendo en totalidad, dará la encarnadura viva de lo sucedido. No será una duplicación: nunca la traslación de un referente al texto - así tenga aquel la potencialidad de lo histórico, en este caso, uno de enorme gravitación - puede convertirse en una copia. Será más bien la expresión de lo polifónico, puesto que se han asido los varios tiempos y las varias voces desde la seriedad del documento. La biografía permitirá no sólo entender un proceso, sino comprender cómo se lo vivió y sobre todo cómo se lo padeció. Para Alfonso Rumazo González, ajeno a la bio-

* Escritora ecuatoriana radicada en Caracas. Funcionaria de la Embajada de Ecuador en Venezuela

grafía novelada, tanto el Libertador Simón Bolívar como el General San Martín se ofrecieron íntegros, vale decir, en la totalidad de sus propósitos, en la consecución de sus particulares derroteros y con la mira puesta en América. Nunca constituyó así un simple episodio. Más bien se trató de convergencia grande y de los grandes que en ella actuaron. Compleja sí, pero que terminó en un acto de amistad.

Los dos prohombres avanzaron cada uno en su propio caminar libertario tanto como lo habían hecho siempre, así, San Martín después de Guayaquil optará por el destierro. Había dejado desde antes escrita su renuncia. La biografía que en este caso se desprende de lo episódico para mostrar cómo se desarrolló este proceso de punzante complejidad habla por ello de lo que sucedió con anterioridad. Es decir, del hacer de Bolívar desde la Nueva Granada hacia Guayaquil y del de San Martín desde Chile y el Perú, también hacia Guayaquil. Marcharon con ellos los pueblos, los ejércitos, la masa humana, las teorías, las ideas, los procesos históricos. Lo que van a tratar y que viene desde un causalismo determinante decidirá las proyecciones del tablero de la guerra de independencia. Hay detrás normas de gobierno por definirse, comandos de

mando, un futuro por vencer y dominar. Se juega, en otras palabras, el destino final de América, ya que se tiende a una generación de naciones. Mucho ha de ser calculado; mucho se fijará en ese más que encuentro hora e hito céntricos de un momento histórico.

La biografía una vez más, y según lo señala el propio Alfonso Rumazo González, conduce a pensar, a desmitificar, pero documentalmente.

Algo muy distinto y dentro de lo fabulatorio ofrece el libro de cuentos de Borges "El informe de Brodie". Desde la propia apreciación del autor - puesta de presente en un autoprólogo - se entregan estos relatos como estrictamente ceñidos al realismo. Es lo que cree Borges. No se muestran, sin embargo, así; se encaminan más bien a lo textual y a lo polifónico. Hay allí un relato específico sobre la Entrevista al cual titula "Guayaquil". Es trabajo de doble espejo o de sucesivas transparencias puesto que, como Borges mismo lo atestigua, no se sabe si el texto se ofrece desde el costado bolivariano o del sanmartiniano, tal su ambigüedad. Así trastrueca deliberadamente los sucesos pues la Entrevista, ya no es la de los dos Libertadores, sino la de dos profesores encargados de inquirir acerca de la autenticidad

de unas cartas de Bolívar sobre el encuentro. Al final y a pesar de que uno y otro se consideran los determinados a realizar la investigación, por decisión tomada de antemano por uno de ellos, inclusive escrita, arbitrariamente se estipula que quien en término último efectuará el trabajo es Zimmerman, que ha venido a visitar al otro, y no el que lo recibe y de hecho se queda. O sea que quien aparentemente domina, si cabe tal traslación de lo histórico en lo literario, es San Martín y no Bolívar. La confusión, sin embargo, continúa, pues el que llega tiene los caracteres del judío, el poder de la voluntad señalado para el hombre de Schopenhauer y en suma nada tiene que ver ni con uno ni con otro prócer. Sin embargo, Zimmerman merece el reproche de Borges: pequeño - el que acoge es más alto -, de torpe aliño indumentario, con mesurado bigote de corte militar, corbata de ilusionista, cartapacio lleno de documentos e irónicamente historiador "que lleva la historia en la sangre". Pero más que nada adulator: "el servilismo del hebreo y el servilismo del alemán estaban en su voz". Más aún "sentí que nada le costaba adularme pues el éxito era suyo". Así el que permanece y en ello pierde acata la voluntad del otro pues no existen actos involuntarios. Ade-

más, comprende que ni siquiera un desaffo ni una burla se han dejado traslucir en las palabras de Zimmerman, por lo que la decisión de éste de trasladarse a Sulaco y allí "descifrar papeles y papeles", acaso apócrifos es simplemente lo natural, lo decretado, lo que así debe suceder. Había tomado una decisión, sentencia Borges "y tal era la expresión de una voluntad, que hacía del futuro algo tan irrevocable como el pasado. Sus argumentos fueron lo de menos; el poder estaba en el hombre, no en la dialéctica".

En cuanto a la Entrevista en sí y lo que en ella se dijo, todo quedaría, según este relato, en el terreno de las voluntades y no en el de las palabras, ay que al fin y al cabo todo se había reducido a "words, words, words". Es por tanto presumible deducir, escribe Borges, que "acaso las palabras que cambiaron fueron triviales. Dos hombres se enfrentaron en Guayaquil; si uno se impuso, fue por su mayor voluntad, no por juegos dialécticos. Como usted ve, no he olvidado mi Schopenhauer", reafirma.

Y en relación a lo que se ha llamado la "Leyenda de Lafond", sobre una carta de San Martín a Bolívar del 29 de agosto de 1822, desvirtuada por Lecuna y que sin nombrarla también la asume Borges, concluye éste en forma doblemente

arbitraria en que "No he deletreado aún la pertinente carta de Bolívar, pero es inevitable o razonable conjeturar que Bolívar la escribió para justificarse. En todo caso, la cacareada epístola nos revelará lo que podríamos llamar el sector Bolívar, no el sector San Martín. Una vez publicada, habrá que sopesarla, examinarla, pasarla por el cedazo crítico y, si es preciso, refutarla. Nadie más indicado para ese dictamen final que usted, con su lupa. ¡El escalpelo, el bisturí, si el rigor científico los exige! Permítanme asimismo agregar que el nombre del divulgador de la carta - se sobreentiende la referencia a Lafond - quedará vinculado a la carta. A usted no le conviene, en modo alguno semejante vinculación. El público no percibe matices".

En suma, en el entresijo de la "Leyenda de Lafond" no tiene para Borges esa característica. La investigación exhaustiva de Vicente Lecuna es ignorada. Pasa más bien a la categoría de misterio y si Bolívar se queda en Guayaquil y al frente de la guerra es según el criterio de Borges porque una carta suya podrá comprometerlo ante el futuro. Todo en fin, completamente desfigurado, para concluir que "dentro del enigma que nos rodea, la entrevista de Guayaquil, en la que el general San Martín renunció a la me-

ra ambición y dejó el destino de América en manos de Bolívar es también un enigma que puede merecer el estudio... Las explicaciones son tantas... algunos conjeturan que San Martín cayó en una celada; otros, como Sarmiento, que era un militar europeo, extraviado en un continente que nunca comprendió; otros por lo general argentinos, le atribuyeron un acto de abnegación; otros, de fatiga. Hay quienes hablan de la orden secreta de no sé qué logia masónica".

La verdad histórica sobre la "Leyenda de Lafond" dirá, según el estudio de Lecuna constante en dos de sus tres tomos del "Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar", lo siguiente: Gabriel Lurcy de Lafond, que era un aventurero francés en una obra titulada "Voyages autour du Monde" reprodujo una carta que aparentemente el General San Martín le había dirigido al Libertador el 29 de agosto de 1822. Indica Lecuna que "para preparar al lector Lafond agrega un juicio calumnioso del mismo origen - o sea de San Martín - sobre el Libertador, otros documentos falsos y conceptos deprimentes sobre la independencia de Colombia". Considera sin embargo el mayor investigador del Libertador, el gran Vicente Lecuna, que según demostración del historiador chileno Ira-

rrázaval Larrain la mencionada carta de agosto de 1822 la recibió Lafond del propio San Martín pero que no fue escrita por éste en esa fecha, sino muchos años después, "como una lenta elaboración mental". Esa sería la única realidad. El contenido de la misma es desvirtuado totalmente por la documentación que sobre la entrevista envió enseguida de realizada el Libertador Simón Bolívar al Mariscal Sucre y al general Santander. La "Leyenda de Lafond", cuyos errores son descalificados uno a uno, fue, sin embargo, adoptada por Bartolomé Mitre para su narración de la Conferencia de Guayaquil, aunque dude de varios puntos sostenidos en la mencionada carta a la cual se la conoce como apócrifa justamente por todo ese contrapunto interno. Más aún si el 24 de agosto de 1822 el Protector del Perú decía en publicación aparecida en la Gaceta de Gobierno: "El 26 de Julio pasado en que tuve la satisfacción de abrazar al Héroe del Sud, fue uno de los días más felices de mi vida. El Libertador de Colombia no sólo auxilió este Estado con tres de sus batallones que unidos a la valiente división del Perú al mando del General Santa Cruz vienen a terminar la guerra de la América, sino también remite con el mismo objeto un considerable armamento. Tributemos

todos un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar". San Martín.

La "Leyenda de Lafond", como toda leyenda, se agiganta, es el voceo de crecido rumor. La toma Mitre, hay un manuscrito de Sarmiento, gravemente refutado por Lucena, la utiliza Indalecio Liévano Aguirre en un artículo publicado en "El Tiempo" de Bogotá, luego se incrusta en la voluminosa obra de Ricardo Rojas "La Entrevista de Guayaquil, En homenaje al General San Martín en el centenario de su nacimiento"; reaparece en "El hombre de Guayaquil" de Arturo Capdevilla y finalmente en las cartas apócrifas de L. Colombres Mármol, suerte de metalenguaje sobre lo forjado, aparecidas en el tomo "San Martín y Bolívar en la entrevista de Guayaquil a la luz de documentos definitivos". Más adelante se supo que el autor de la obra de L. Colombres Mármol fue según propia declaración, Ricardo Levene. Este es el poder de la leyenda, también ahora y más que nunca forja literaria.

Retomando a Borges y dentro de "Guayaquil" y para explicar los diversos planos que en él se trabajan y que recurren a la polifonía de Dostoievski también se entregan dos leyendas: una, de "dos reyes que juegan al ajedrez, en lo alto de un cerro, mientras abajo sus guerre-

ros combaten. Uno de los reyes gana el partido; un jinete llega con la noticia de que el ejército del otro ha sido vencido. La batalla de hombres era el reflejo de la batalla del tablero". Otra, celta, de dos bardos, "uno; acompañándose del arpa, canta desde el crepúsculo del día hasta el crepúsculo de la noche. Ya bajo las estrellas o la luna, entrega el arpa al otro. Este la deja a un lado y se pone de pie. El primero confiesa su derrota". Esta confesión significa que quien pierde históricamente es Bolívar y no San Martín.

No pareciera gratuito que se acudiera a la leyenda. Al contrario es manera de reforzar la condición fabulatoria del relato, pero también del hecho en sí. La Entrevista de Guayaquil es para Borges ilusoria, como ilusorio es el encuentro de los dos profesores de "Guayaquil", como ilusorio es el desenlace. Los eruditos discutirán las autenticidades o los ejercicios del poder, sostiene. Es evidente que Borges, a pesar de que invierte las personalidades, se inclina por el dominio de San Martín.

En el prólogo del libro dirá que "la literatura es un sueño dirigido y que no hay en la tierra una sola página, una sola palabra, que lo sea, ya que todas postulan el universo, cuyo más notorio atributo es la complejidad". Complejidad que

como en eco se propaga en otros relatos del volumen, también conectados indirectamente con la Entrevista. El Aleph, o sea lo poliédrico vuelve a repetirse, sólo que esta vez está dirigido al punto focal del encuentro de los dos Libertadores. En "El Indigno", personaje que ha sido tildado por otros como tal y que tiene que cometer necesariamente una traición porque así lo ha fijado el destino, se desliza indirectamente la alusión al episodio. Es obvio que se aduce al hecho de que Bolívar se adelantara a San Martín en su llegada a Guayaquil y con ello obtuviera el dominio de la ciudad para Colombia. ¿Acaso no habla este adelanto *mutatis - mutandi* de una traición? En cambio, en la "Historia de Rosendo Suárez" que se desarrolla en un bar, situado justamente entre las calles Bolívar y Venezuela, el actante a pesar de haber sido insultado rehuye la pelea y se exila. Al recibir un puñal, lo suelta y sale sin apuro. "La gente me abrió cancha, asombrada. Qué podía importarme lo que pensarán. Para zafame de esa vida, me corrí a la República Oriental, donde me puse de carrero. Desde mi vuelta me he afincado aquí. San Telmo ha sido siempre un barrio de orden". En "El encuentro", en el que se destruyen Juan Almaza y Juan Almada, en realidad los que se pelean

y se matan no son los hombres, sino las armas que en un momento empuñaron sus alter-egos anteriores. Largamente se habían buscado el uno al otro hasta que al fin se encontraron, pero a través de otros, o a través de sus pertenencias. Bellamente dice Borges: "Los dos sabían pelear - no sus instrumentos sino los hombres - y pelearon bien esa noche. Se habían buscado largamente, por los caminos de la provincia, y por fin se encontraron, cuando sus gauchos ya eran polvo. En su hierro dormía y acechaba el rencor humano. Las cosas duran más que la gente. ¿Quién sabe si la historia concluye aquí, quién sabe si no volverán a encontrarse?" ¿Es posible, entonces, que los dos Libertadores vuelvan a verse, a través de otros seres y de otros objetos, pero verse ya no como intuye Borges y que no es históricamente cierto, con rencor? En "Juan Muraña" una anciana rescata el asesinato de su marido; lo hace muchos años después, convencida de que ha sido él mismo quien ejecuta la venganza y acaba con su agresor; la posibilidad entonces persiste. Cabe deducir que la presencia del olvido que está detrás de todos los hechos no es sin embargo eterna. Escribe Borges: "En la historia de esa mujer que se quedó sola y que confunde a su hombre, a su tigre,

con esa cosa cruel que le ha dejado, el arma de sus hechos, creo entrever un símbolo o muchos símbolos. Juan Muraña fue un hombre que pisó mis calles familiares, que supo lo que saben los hombres, que conoció el sabor de la muerte y que fue después un cuchillo y ahora la memoria de un cuchillo y mañana el olvido, el común olvido". Pero el olvido nunca es absoluto, el olvido tiene siempre su rescate. Para Borges en el cuento "La señora mayor", más allá de las guerras, "de los muertos de Cerro Alto, de los hombres olvidados de América y España, que perecieron bajo los cascos de los caballos; pienso que la última víctima de ese tropel de lanzas en el Perú, sería, más de un siglo después, una señora anciana". Esa señora que era la única de los guerreros en la independencia que no había muerto aún, era hija de Mariano Rubio, un prócer menor que "militó en Chacabuco, en la derrota de Cancha Rayada, en Maipú, y dos años después en Arequipa". Participó en el combate de Cerro Alto. Borges anota que "los venezolanos atribuyeron esta victoria al general Simón Bolívar, pero el observador imparcial, el historiador argentino, no se deja embaucar y sabe muy bien que sus laureles pertenecen al coronel Mariano Rubio". Como bien se ve el coronel

quizá sea forjado, tal vez el Combate de Cerro Rubio también y la participación del Libertador Simón Bolívar imposible. Pero queda en fijación de la tesis: no hay olvido permanente ni sobre los hechos ni sobre las interpretaciones de los mismos; quedan unos y otros respirando; también la fabulación que nazca de los mismos. Más adelante, en "El otro duelo" Borges se pregunta: "¿Cómo recuperar, al cabo de un siglo, la oscura historia de dos hombres, sin otra fama que la que les dio su duelo final?" Imposible parecería, a menos que se supusiera que se sabían compañeros, a pesar de la rivalidad. En "El evangelio según San Marcos" el que crea una obra es finalmente crucificado. Bolívar y San Martín, en quienes tantos creyeron, serán, sin embargo, crucificados. La historia de "Compadritos" apela no obstante a los dos héroes. "el informe de Brodie", que parece desligado del tenor general del volumen, en el fondo de diatriba histórica, defiende desde el compadrazgo la barbarie entendida como civilización en la tierra de los Yahoos. Podría deducirse que la civilización es también una barbarie. En ese retruécano cabe que el poeta Borges, ciego ante los hombres, pero no ante las profundidades de la vida exprese: "Sabemos que el pasado, el

presente y el porvenir ya están, minucia por minucia, en la profética memoria de Dios, en Su eternidad; lo extraño es que los hombres puedan mirar indefinidamente hacia atrás, pero no hacia delante".

Para Alfonso Rumazo González, tanto Bolívar como San Martín "¡Libertaron por libertar! No hay en la historia universal una muestra de mayor generosidad de espíritu, ni de desinterés llevado a la máxima pureza. Este es el honor de la emancipación americana: mientras duró la guerra, todo fue desprendimiento, buena voluntad, sacrificio, abnegación. Los patriotas cumplieron con la más clara muestra de dignidad de ser hombre: dar, dar y dar, sin espera de la retribución". Cuando San Martín dice: "Vuestro gran deber es consolar a la América, y no venís a hacer conquistas sino a libertar pueblos", demuestra el profundo, el recio espíritu americanista que lo impele. Su acción es continental. Muy pronto dirá, al igual de Bolívar, "Mi país es toda la América".

Borges se permite dudar y en efecto duda mucho, pero nos lleva a muy hondas inquisiciones. La Leyenda en este caso ha sido manera de jugar partida y apostar con probación sucesiva a uno de los dos contendientes; de allí su manera de crecer. Es Leyenda apócrifa pero se

la ha utilizado. La literatura ha hablado y desde ella se nos ha embarcado en un muy profundo cauce, siempre de vario meandro. Es su prerrogativa mayor, el significado polisémico.

